

6-LECTURAS

UNA SELECCIÓN DE POESÍA

SILVINA FAZIO¹

□ **DE VUELTAS DE BÚHO (FONDO EDITORIAL RIONEGRINO, 2010)**

Palabras

¿Es cierto que los pájaros
se llaman pájaros?
¿Puede un solo nombre justificarlos?
¿Cabe en los labios toda una bandada
o en nada se parece
su dibujo
a su palabra?

Escribes: lluvia.
Y el agua cae.
Como caen los ríos para estar mojados.
Pero nada se parece a nada:
el universo es un pez
esquivo y extraño.

¿Viene primero la noche
o antes de ser es llamada?
¿Pueden ser dioses,

¹ Silvina Fazio nació el 11 de octubre de 1976 en Viedma, Río Negro, ciudad en la que reside. Es Profesora en Letras y, actualmente, se desempeña como docente en el Centro Universitario Regional Zona Atlántica (UNCo). Sus poemas integraron el libro *Poesía y Narrativa Actual 2006* (Editorial Nuevo Ser, 2006) y formaron parte de *Antología de Poesía Rionegrina. 10 poetas rionegrinos contemporáneos* (Fondo Editorial Rionegrino, 2010). Tiene dos libros de poesía editados, *Vueltas de búho* (2010) y *Rumia* (2018). Ambas obras fueron publicadas por el Fondo Editorial Rionegrino a través de convocatorias a concursos.

los hombres,
sólo repitiendo palabras?

Alguien se levanta en la noche
y, por las dudas,
pronuncia su nombre.
Pero en nada se asemejan
las palabras
a las cosas.

Dices: lechuza.
Y se aparece un árbol.

Reunión

Ese caballo cree haber aparecido.
Cae en la tierra reunido,
subido a sus cuatro patas,
y el ojo lo prende
sobre sí mismo
para que pueda ser un caballo.

Nadie sostiene su rastro,
sólo el hombre mientras lo mira.
Y se cree un dios libre,
el caballo.
Y se cree un dios simple,
el vigía.

¿Cuál es el confín de ese espectáculo:
hombre y caballo unidos?
¿Y dónde el primero nace
para creer que el otro lo sigue?

Algunas imágenes son ciertas.

Otras apenas son posibles.
Quién pudiera decir
si mirar y creer son lo mismo.

Transformación arbórea

Anclado en la mitad de sí mismo,
ese hombre lleva un árbol.
No pudo contemplar la semilla
y ahora las venas se le llenan de ramas.
Corre la sangre verde
sobre la roja línea
y el sol le sale al hombre por el este,
justo encima de su ombligo.

Hombre y árbol no son lo mismo.

¿Qué hay detrás de las hojas
cuando las hojas, por fin, se caen?
Tierra,
una cara que ya fue olvidada,
tierra,
un hombre que no es más un hombre,
tierra,
casi nada.
Una sombra en la sombra de otro árbol,
una flor irrumpiendo en cada poro
y algo,
un detalle,
un fragmento,
algún asombro,
cualquier cosa que pueda confirmarlo.

Un árbol. Ya no un hombre. Un árbol.

Y la inusual sensatez de dos ojos,
escogiendo ser dos nidos de pájaros.

Un gato en la siesta

Hay un ojo de gato en la silla.
Cree haberse sentado.
El otro ojo contempla la siesta
que aún
 no está dormida
y vuelve de ella y se acuesta
y se reúne en el gato que mira.

Algunas cosas pasan.
Y otras cosas son ciertas.
Pero ni el ojo
ni el gato en la silla
es dudoso que entonces lo sepan.

Un hombre sube la mano por la siesta,
mientras cree acariciar al gato.
Se pasean por el lomo de la tarde
sus dedos como olas enfiladas
y el movimiento que repite como ciego
nunca logra
 en realidad
 tocar al gato.

Porque algunas cosas pasan
y otras cosas sólo son ciertas.
Mientras la siesta se duerme
 en una mano
y el gato, en el gato, se acuesta.

□ DE RUMIA (FONDO EDITORIAL RIONEGRINO, 2018)

Apariciones

¿Cae

el ojo del hombre en la luna
o es la luna quien se arroja en él?

¿Y qué voluntad desata
en estos círculos

la soldura:

del hombre mirando la luna,
de la noche que no es más oscura,
de la luna en el hombre que ve?

Son semejantes las simetrías.

El mundo es redondo también.

Y se sube a la luna, la luna,
y el hombre que mira no se cansa de ver.

Pero ¿cuántas veces mirarla para que sea?

¿Cuántas veces imaginar el blanco,
tocar su redondez en propias tierras
y, sin embargo,

no medir ni repetir distancias
más que sus vueltas

desde aquí tan ciegas?

Una sola es la noche,
pero tantas son sus ideas...

Y entonces dónde el universo blanco,
solo blanco para quien lo contempla.

Cuántas veces esperar en vano
que las formas a las cosas sean;

cuántas veces mirar tan alto
hasta que, por fin, la luna venga.

Creer

La piedra arrojada por el pie,
el pie que pisa la tierra,
la tierra que gira en su propio cordel,
el cordel que siempre se tensa.

Entonces...

un pájaro aparecido,
aparecido el hombre que ve,
aparecidos el mar y sus desvíos
y los peces y los árboles también.

Y las tortugas y sus capas duras
y el poema de los siglos en su envés
y las turquesas, alteridad de los ríos,
y todo lo que fluye
para ser y no ser.

Una sola es la existencia de las cosas.

¿Es la materia un acto de fe?

No creo en el sol.

Nunca creí en las estrellas.

Si fuera verdad cada cosa cierta,

entonces para qué creer.

Tríada

Emigran para ordenar sus colores
los flamencos cuando se marchan
y caminan lento por el agua que soldura:

el pico con la sal que se orilla,
las plumas con el rojo de la tarde.

En esa tríada, se ejecuta
todos los días un milagro:
el ocaso redefiniendo su altura
al arrojarse en los ojos de un pájaro.

Sabe el animal que en esa lucha
los círculos por círculos se emanan
y que los colores no son más que presturas:
por ejemplo, el día
cuando en el azul se vuelve agua.

Hay una sola cosa cierta:
el mundo se arma y se desarma.
Y mientras
los flamencos pasan entre los juncos

para que la tarde no se deshaga.

Formas

Para que el mundo aparezca,
caen en su sitio las tortugas
y los pájaros juegan a ser ciertos.
Entonces, el orbe se ajusta
y los árboles se elevan
y la luna se encaja en la luna
 para que la noche venga.
Afuera, un hombre se piensa
y todo lo que es se ocupa.
Después, pasa una nube.
Y un elefante se apodera.

Y un perro se desprende del cosmos
y entra en un sueño y se queda.
¿Hasta dónde se prolongan las cosas
que la tierra dispersa y oculta?
Si el universo es asombro,
¿dónde sus límites?
Si tiene fin,
¿con qué se roza?
Para que el mundo aparezca,
caen en su sitio los hombres
y los ojos se fugan
y orbitan
la forma de la luna en la noche.

□ **DE EL AGUA IMAGINADA (INÉDITO, 2021)**

Decir viento

Decir *viento* mueve la ruta de los pájaros
y hace retroceder la arena
de su tímido camino al agua.
Digo *viento* y muevo a los árboles,
despeino los pistilos de la oruga,
desmantelo el orden del geranio.

Y cuando alguien pronuncia *agua*
comienzan a llenarse los mares
y cae la lluvia consagrada
para multiplicar a la tierra sus dones.

Quien dice *piedra* fabrica montañas;
quien dice *ojos* abre los soles.

En la palabra *luna*, se ejecuta la noche
y, en la palabra *noche*, los búhos salen.

Yo canto el mundo con la voz repetida
como si fuera un conjuro de asombros.
Por eso, no me animo a decir *nunca*.
Ni pronuncio *muerte* tampoco.

Acerca de la metáfora

La fatalidad de parecerse
 la luna
a tantas ideas y cosas
y el río
 al tiempo que fluye
y el fuego
 a la rojez de una rosa.

Decir *caballo* por *verso*
y que el verso invente el asombro
o negar que la palabra pueda
agregar otro objeto al orden.

Y que los cisnes no sostengan la nieve
ni a los astros
 la órbita del ojo
o que un cerro se cubra de plumas
y gire la luna en un hombre.

No logro contar cada grano
ni conocer el inventario profuso
si una mariposa es una mariposa
y también el caos, lo efímero.

¿Puedo imaginar lo que no existe?
¿Es una sola la luna del mundo?
Faro de plata en la noche y vibra.
A todo el universo abarca,
la palabra *asunto*.

Las cosas del mundo

Si digo *espuma*,
si digo *casa*,
si digo también mi nombre
o el nombre de los mares,
¿cuánto habré enumerado de las cosas del mundo
y cuánto estaré invocándolas?
No creo que coincida la luna en la *luna*
ni el *agua* en la lluvia
ni el insecto en la *mantis*.
Intuyo que hay más de una lechuza
—que el orden y el azar han fijado—:
el ave real
que pronto acaba
y la figurada ave que ya es nunca.
¿Cómo evitar que la memoria se confunda
si es gregario el nombre
y efímero el río
que no es dos veces el mismo?

Confiarán otros en esas verdades.
Yo escribo para inventar el mundo.